

Perspectiva de América Latina*

Por *Abelardo* VILLEGAS†

A PARTIR DE LA FILOSOFÍA MEXICANA de las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, quedó suficientemente claro que México y América Latina requerían cobrar una clara conciencia de su pasado para crearse un futuro modelo de desarrollo. La nota más característica del pasado latinoamericano era la dependencia. La dependencia latinoamericana, con relación primero a las metrópolis europeas y luego a Estados Unidos, no sólo estaba en el orden político y económico sino también se tomaba de estas naciones un modelo de desarrollo histórico, una serie de formas de vida. Se trata ahora de saber si esta situación se prolonga o si ya estamos al filo de otra etapa histórica. Nuestra historia, como países independientes, ha consistido también en tratar de liberarnos de esas sujeciones, por eso la pregunta que hay que responder consiste en si ya lo conseguimos después de una larga lucha de casi doscientos años. Desde luego queda claro que, como lo dijeron muchos de nuestros intelectuales, la dependencia y la sujeción comienza en la mente: debemos persuadirnos de que, en efecto, nuestra situación tiene ese carácter. Pero en realidad debemos situarnos de modo tal que, aunque no inventemos nuevas formas de vida, podamos asumirlas libremente y no como una posición foránea.

En ese sentido, la historia de nuestro liberalismo es muy aleccionadora. Después de concluidas las guerras de Independencia, un grupo muy enérgico de políticos intentó establecer en nuestros países diversas variantes del liberalismo, mas quedaba claro que las metrópolis que sustituían a España, como Estados Unidos e Inglaterra, eran fuertemente liberales y entonces pareció que, con toda nuestra energía, estábamos asumiendo una nueva dependencia. Ciertamente no todos eran liberales, los llamados conservadores y reaccionarios parecían tratar de conservar las viejas formas de vida disfrazando sus tendencias de movimientos liberadores. En realidad estábamos reproduciendo la coyuntura histórica de Europa occidental y, si se nos apura un poco, reproducíamos la coyuntura española que, en el fondo, era sólo un poco más radical, pues los conservadores en la vieja metrópoli también eran monárquicos de vieja cepa. Nosotros habíamos sido monarquías o capitanías generales completamente dependientes. Por eso,

*Reproducimos el texto que el doctor Abelardo Villegas escribió antes de su muerte y no pudo leer en Moscú.

a ese periodo histórico le llamamos época colonial. Lo que ocurrió es que a muchos de nuestros dirigentes no les pasó desapercibido que el nuevo liberalismo era también una forma de colonialismo; así lo comprendieron claramente José Martí, José Enrique Rodó y José Vasconcelos.

En el siglo xx, la Europa occidental osciló entre el liberalismo, el fascismo y socialismo. El segundo fue destruido en una de las guerras más grandes que han ocurrido en la historia humana. El fascismo quedó aniquilado en las montañas de cadáveres de cuarenta millones de personas. Luego el liberalismo y el socialismo emprendieron una larga pugna de medio siglo hasta que el segundo se destruyó solo por sus contradicciones internas. Pero todos los países que quedamos incluidos en las áreas de influencia de los grandes imperios nos vimos forzados a escoger una de las dos grandes tendencias. Toda América Latina se alineó con Estados Unidos menos Cuba, aunque tuvo que hacerlo con la Unión Soviética. Por su parte, a esta última adhirieron a los países de la Europa oriental, que no adquirieron el socialismo por medio de una revolución sino por la invasión del Ejército Rojo. Quedaron sueltos el socialismo chino y el vietnamita, que se desarrollaron con poca intervención de la Unión Soviética. Esta Guerra Fría apareció como opresión para los países que intentaban evadir la difícil coyuntura. En general, no lo pudieron hacer o sólo lo consiguieron por grados.

Finalmente, la destrucción del socialismo real no fue para nosotros una aurora de libertad; un intelectual japonés, apellidado Fukuyama, anunció alegremente que por fin había sólo una ruta histórica y que, de alguna manera, eso implicaba el fin de la historia, tal como la había pensado Hegel. Esta historia era el desarrollo del capitalismo de mercado. Así resultaría que América Latina estaba libre para expandir dicho proyecto.

Se trata de una libertad muy paradójica, porque la sociedad que se desarrolla en el capitalismo de libre mercado está profundamente dividida entre ricos y pobres, siendo los segundos una gran mayoría. Y es que no tenemos que dejarnos llevar por los ideólogos de esa historia única. Lo que se destruyó a finales del siglo pasado fue sólo una versión del socialismo que tenía fuertes defectos intrínsecos. Había despreciado lo que algunos llamaron democracia formal, pero cabe recordar que los socialistas del siglo xix no despreciaban esa democracia, sino que les parecía insuficiente. Advertían que la igualdad ante la ley no alcanzaría su aspiración de justicia si no se completaba con una igualdad económica, mas la igualdad económica no debía existir en lugar de la igualdad jurídica. Esta conciliación entre ambos tipos de igualdad no pudo conseguirse en el socialismo real, por lo que el siste-

ma se convirtió en una tiranía tecnológica, de modo que la secular lucha del liberalismo quedaba cancelada sin haber llegado a término.

Por mi parte, creo que otro de los errores del socialismo real fue su desprecio hacia el comercio. Al levantarse la censura sobre ese tipo de sociedad, fue notorio que sólo era *primermundista* en algunos aspectos, pero que tenía profundas fallas en lo que se refería a la productividad. Viajando alguna vez por Cuba, algunos universitarios mexicanos me advertían la ausencia de anuncios en las principales calles de La Habana. Yo les rectificaba argumentándoles que lo que les faltaba eran los anuncios *comerciales* aunque, en cambio, tenían en abundancia anuncios políticos. Y es que la mercadotecnia redundaba en una gran actividad de la productividad. La sociedad norteamericana constituye el mercado más grande porque todo se anuncia, y se anuncia internacionalmente; entonces, compradores de cualquier parte del mundo llegan buscando una enorme variedad de cosas. Pero en el caso del socialismo real, casi no hay variedad de productos. La mayor parte de los miembros de la sociedad sólo tienen acceso a un tipo de cosas, y sólo unos cuantos privilegiados tienen acceso a una gran variedad. Por eso fue un escándalo internacional que un líder de la revolución nicaragüense se comprara unos costosos lentes que no había en su país de origen. Otro ejemplo inquietante es cuando Gorbachov deliberadamente adquirió una serie de costosos trajes ingleses. “El raquitismo del mercado produjo el raquitismo de la producción”.

Ciertamente los teóricos del socialismo como Herbert Marcuse criticaron la sociedad consumista, pero no hay que confundir al consumismo con el consumo. El primero es una fiebre por poseer objetos: automóviles, computadoras, televisores etc., mientras que el segundo nada más es un afán de vivir una vida más cómoda. Marcuse vivía en La Jolla, California, como resultado de su exilio de Alemania. Si hubiera vivido en Moscú no habría podido hacer una teoría del consumismo; se hubiera conformado con salir a la calle con una bolsita a ver qué podía conseguir. Como ya lo había mencionado, la debilidad del consumo produce debilidad en la producción, de modo que el comercio no es parásito de la producción sino un motor poderoso. Queda muy claro cómo, por ejemplo, la Unión Soviética fue *primermundista* en armamento porque tenía que enfrentar a la competencia del capitalismo, y también ésa fue la razón por la que se destruyó el muro que dividía las dos Alemanias.

El socialismo fue una crítica al capitalismo que, en términos generales, es todavía válida, por lo tanto, no es una cosmovisión que podamos abandonar como un trasto viejo.

La modernidad, entendida como capitalismo industrial, científico, tecnológico y democrático, no ha penetrado profundamente en las capas de nuestra sociedad. Y no lo hizo porque, como dice Zea, de esa modernidad nos tocó la parte de la colonización. En consecuencia, queramos o no, nuestro camino tiene que ser diferente al de las grandes potencias capitalistas. Naturalmente, hasta hace poco tiempo, estaba la vía socialista, sobre todo en el caso cubano, pero ahí ocurrió lo mismo: Cuba se subordinó a la Unión Soviética para evitar el peligro de la invasión norteamericana, pero no salvó por lo mismo su situación de dependencia. Con el colapso del socialismo real, Cuba se quedó sin apoyo y sin modelo porque abruptamente los rusos decidieron asumir el modelo de una sociedad con mercado libre. Dicho sea de paso, los rusos con ello se colocaron en una situación *tercermundista*, porque su copia es indiscrepante y por lo tanto está fracasando. En ese sentido, lo han hecho mejor los chinos, que han realizado una adaptación.

En un trabajo reciente, Carlos Fuentes ha abierto un panorama bastante matizado de la situación contemporánea, lejos de los *clichés* que suelen utilizarse. Por ejemplo, al hablar de la *globalidad*, dice que coincide con una *balcanización* y que, entonces, nuestro mundo se encuentra ante disyuntivas como las siguientes:

Entre la globalización económica y la balcanización política, entre aquélla y el surgimiento de bloques de comercio rivales. Entre el modelo de desarrollo capitalista y la persistencia de problemas sociales que no pueden resolverse sin la acción política de la izquierda, o sin la intervención del Estado. Entre la integración de un club de ricos en el Norte y la dispersión de una barriada pobre en el Sur. Entre la dinámica mundial hacia la multipolaridad y la monopolaridad aparente asumida por Estados Unidos de América.¹

Además dice:

De tal manera que mientras asistimos a la paradoja de una globalización de la economía enfrentada a una resurrección de los localismos culturales y políticos, el capitalismo se asume a sí mismo como una ideología universal que, nuevamente, comprime y aplaza no sólo las realidades culturales sino, lo que es más grave, retrasa las soluciones económicas y sociales concretas, necesarias para que la cultura, sin perder su perfil, deje de estar en conflicto con la economía, y ésta con la justicia. Corremos el riesgo, en otras palabras, de pasar de una tecnología comunista a una tecnología capitalis-

¹ Carlos Fuentes, "La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial", en *Coloquio de invierno I: la situación mundial y la democracia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, UNAM, FCE, 1992, p. 13.

ta, de los dogmas de Carlos Marx sepultado, a los dogmas de Adam Smith resurrecto, olvidando que las realidades políticas y económicas actuales son el resultado de una simbiosis crítica y pragmática que antecede a la Guerra Fría, en la cual los éxitos del capitalismo son inexplicables sin la crítica socialista —de la misma manera que la esclerosis del comunismo burocrático puede explicarse por la ausencia de una crítica liberal y democrática.²

El capitalismo triunfante se disfraza de neoliberalismo y de mercado libre, porque no es ni una cosa ni otra. El historiador inglés Eric J. Hobsbawm, en un trabajo muy penetrante, sostiene que ahora el conflicto ya no es entre capitalismo y socialismo:

Argumentos y propaganda teológicos aparte, el debate actual entre liberales y socialistas no es, por tanto, sobre el mercado sin control *versus* el Estado que ejerce el control total. No es a favor o en contra de la planeación económica que existe en las economías capitalistas y socialistas —ninguna corporación grande puede funcionar sin ella—, ni tampoco a favor o en contra de la empresa propiedad del Estado y administrada públicamente, que incluso quienes apoyan el mercado libre siempre han aceptado en principio. Se trata de los límites del capitalismo o del mercado sin control por parte de la acción pública. O dicho de otra manera, es acerca de los fines de la política pública o bien, si se prefiere, sobre las prioridades necesarias de la acción pública. Los socialistas no aceptan, no pueden aceptar el punto de vista de Adam Smith según el cual si todos buscan su propio interés el resultado inicial será óptimo, aun cuando convengan en que esto podría maximizar el bienestar material de las naciones. Pero ello sólo sucede en circunstancias específicas. No pueden creer que la justicia social puede ser alcanzada simplemente a raíz de las operaciones de acumulación de capital y del mercado, y en cambio están de acuerdo con Wilfredo Pareto en que “una sociedad que no ha dispuesto lugar para la justicia social y la moral no puede sobrevivir” [...] Los socialistas difieren de los liberales keynesianos y de los mercaderistas sociales democristianos en un aspecto importante. Simplemente no creen que las consecuencias antisociales manifestadas de un capitalismo de libre mercado sin restricciones puedan ser mitigadas, quizá incluso neutralizadas, mediante una acción y una política públicas, sino que por su propia naturaleza sigue generando y regenerando “contradicciones internas” —para usar el término marxista— que no pueden superar. Así, tanto en la práctica como en la teoría, la administración social debe ser algo más que —para emplear la frase keynesiana-británica “afinar” el motor del vehículo que, al final de cuentas, debe conducir a la humanidad a donde desea ir. Pero el vehículo no marcha bien. Si suponemos que el desarrollo del capitalismo mundial crea problemas que no pueden ser elimi-

² *Ibid.*, p. 15.

nados por semejante nimiedad, y aunque es la esencia del sistema lo que los crea, entonces tal vez sea necesario un control mucho más sistemático y persistente del libre objetivo de los intereses privados, mayor incluso al que han imaginado los liberales reformistas o los mercadistas sociales.³

La propuesta consiste en eludir una disyuntiva planteada por el imperialismo unipolar. Se trata de que cada país elija una medida de acuerdo con sus circunstancias y necesidades, independientemente de las etiquetas que se le puedan aplicar, así nos liberamos de la manía, de la imitación al mismo tiempo que del colonialismo. Pero, evidentemente, en esta decisión tiene que participar la colectividad para deshacernos del gobierno vertical y autoritario que hemos heredado de la antigua sociedad tradicional. Y éste es justamente el papel de la democracia. De alguna manera Carlos Fuentes identifica a la democracia como una nueva tendencia de izquierda. En América Latina, dice, la sociedad comienza a organizarse de abajo hacia arriba y de la periferia al centro, lo cual es una novedad considerable en países tradicionalmente ordenados de arriba a abajo y del centro a la periferia.

Los teóricos de la sociedad le conceden cada vez menos importancia a las etiquetas, a los objetivos con que se califican los diversos modelos de desarrollo social. Casi podríamos decir que estamos en una etapa postsocialista y postliberal, en la que se abre un sinfín de posibilidades y no una mera disyuntiva. El descrédito de las antiguas doctrinas abre la posibilidad de una creatividad, es decir que los pueblos y las personas inventen sus propias soluciones. No de la nada, desde luego, porque de la nada, nada sale, sino a partir de la experiencia histórica y recordando a cada paso que las ideologías dogmáticas son como cortinas de papel que ocultan la verdadera naturaleza de los hechos. El libre examen de los acontecimientos no puede ser sustituido por ningún tipo de apriorismo. También hay que tomar en cuenta que no existe un foco de la civilización y que todo lo demás es periférico, sino que hay muchos focos repartidos en diversas partes del mundo y que valen para varios tipos de colectividades. Entonces, no hay por qué sentirse extraños o desterrados del núcleo de la civilización. No se puede decir que el espíritu, como decía Hegel, se encuentra posado en alguna parte. El espíritu de la historia es realmente multiforme y ubicuo.

³ Eric J. Hobsbawm, "Crisis de la ideología, la cultura y la civilización", en *op. cit.*, p. 60.